



CUALQUIER PARECIDO...

«NO SE LO VA A CREER»

MADRID, hacia el mediodía de un martes. Ana, taxista desde hace diecisiete años. Normalmente es parca con sus clientes, pero lleva un rato mordiéndose el labio inferior de pura incontinencia. A los dos minutos de carrera, se arranca.

—No se va a creer lo que me ha pasado justo antes de recogerle. El cliente arquea una ceja.

—Ahí. Justo donde usted está ahora, hará cosa de quince minutos, había un detective privado. Como en las películas.

El cliente arquea la otra ceja.

—Sí, sí. Y no lo parecía. Supongo que si lo pareciera no tendría mucho trabajo. Je je.

El cliente hace amago de consultar el móvil.

—¿Quiere saber lo que ha pasado?

Yo se lo cuento. Primero me dice que le lleve al polígono y que conduzca despacito, que está buscando una cosa. Claro, en ese momento yo no sabía de qué iba el tipo, pero una ya tiene el cuerpo hecho a casi todo, la verdad. Bueno, pues después de dar dos vueltas para arriba y para abajo, hace una llamada y me pide que vaya a la nave del fondo. Resulta que estaba buscando un coche de alquiler. ¡Robado! Y adivine.

El cliente suelta el móvil y mira por la ventanilla.

—Pues cuando estamos allí, llama a la policía porque ha encontrado el coche. ¡Bueno! Viene un agente de paisano al que tenemos que guiar porque aquello estaba donde Cristo perdió la boina. Llegamos al

recinto y saca la radio. No se lo voy a imitar a usted porque no se me da bien.

El cliente se mira las manos.

—Lee la matrícula que le señala el detective y una voz desde el otro

—Lee la matrícula que le señala el detective y una voz desde el otro lado dice sustraído. ¡Joder! Con perdón. Allí había como veintitrés o veinticuatro coches, no exagero

lado dice sustraído. ¡Joder! Con perdón. En el sitio había como veintitrés o veinticuatro coches, no exagero. Pues empieza a leer matrículas y todo el rato: sustraído, sustraído, sustraído. ¡Caray! A esto que salen unos trabajadores y nos dicen que no podemos estar allí, que si tal. Y no se lo va a creer.

El cliente mira el taxímetro. Llevan un rato parados en el destino y la taxista no le ha dado al botón.

—Me dice el detective que nos vayamos pitando, que llega tarde a una cita en la otra punta de la ciudad. ¡Justo cuando llegaban refuerzos! En fin, si llega a ser como en las pelis, mañana estaríamos en los periódicos y podría ver usted que no me invento ni una coma.



Artículo basado en una investigación real. Todos los nombres propios son inventados. Foto: Mujer taxista, alrededor de 1918. Archivo: Biblioteca del Congreso, Washington DC.